

LA VÍA INICIÁTICA EN POS DE LA CONSCIENCIA LA MAGIA Y EL PODER DE LA MENTE

El hombre es un mago que no cree en la magia y, paradójicamente, es víctima de sus propios poderes. Por alguna razón todavía poco estudiada, el ser humano no reconoce el entorno como su propia obra. Observa el prodigio o la fantasía de todo cuanto le rodea como una cosa "natural", pero fuera de su alcance. Y es que ha buscado las razones de lo que observa en los archivos de su razón, diseñados para clasificar y definir pero no para comprender. En último extremo busca obsesivamente a un "mago" (un pequeño dios) para que le desencante de su propio encantamiento y, estúpidamente, acude a cualquier ignorante aprovechado, que suele ser un desaprensivo embaucador, que con el placebo de las estampitas le vende a buen precio... sus propias potencialidades.

Para no llegar a caer en situaciones como ésta, es muy importante que entendamos la secuencia de pasos que constituyen todo acto significativo que realicemos en la vida. Nunca conseguiremos un buen efecto (ni con nosotros mismos ni con nadie) si no empezamos por lograr la atención debida a la idea o proyecto que emana de nuestra mente. Esto permite que despierte el interés, manteniendo bien enfocada la concentración en el asunto; éste es el segundo paso. El tercero es transformar el interés en deseo de conseguir el resultado apetecido. Finalmente, hay que poner manos a la obra y actuar, con voluntad inquebrantable. La secuencia es como sigue:

<u>Autoconsciencia</u>	<u>Mística</u>	<u>Chamanismo</u>
INTENCIÓN	Búsqueda interior	Ritual
ATENCIÓN	Concentración	Misterio
INTERÉS	Relajación	Paz interior
ACCIÓN	Comunión	Danza o trance
CONSECUCIÓN	Éxtasis	Consciencia alterada

Se debe ir por orden y asegurarse de que todos los pasos se producen. Cuando un ser humano trabaja así, el éxito de la empresa, tanto en el campo espiritual como material, está garantizado en un 80 o 90% (reservamos un margen de error del 10 o 20% para la inexorable ley del karma).

Si lo que se busca es de rango espiritual, armónico y presidido por la ley cósmica del Amor, estamos ante un trabajo de magia blanca. Lo contrario

es magia negra. El primero es el camino hacia el espíritu y pretende logros espirituales en armonía con la divinidad interior. El segundo es el camino hacia la materia y pretende logros sobre las emociones humanas en consonancia con las leyes de la dualidad. Pero ambos tienen algo en común: el trabajar con las fuerzas o energías del astral, o de otros mundos invisibles. La habilidad de convocar y reunir diferentes estados de consciencia escindidos (que no son sino energías conscientes, de la luz o las tinieblas), con el fin de que sirvan a nuestros propósitos, es lo que conocemos por el hecho de "tener poderes". Cuando esto se consigue en determinado grado nos encontramos con un mago.

Sólo hay un camino para el mago blanco: la fuerza del Amor. Un mago negro sabe que no se puede enfrentar con un buen mago blanco, pues las fuerzas que maneja este último son siempre de rango superior. El cosmos gana al caos, el orden a la entropía, el espíritu se impone a la materia, Dios al diablo.

Sin embargo en ocasiones excepcionales, o por simples limitaciones del efectista, el Amor es vencido por el odio. Y aunque estas derrotas son apariencias, que fácilmente detecta el verdadero conocedor del juego de la vida y la ilusión, pueden inducir al desánimo. Cabe por tanto protegerse contra ellas.

La más eficaz protección contra las fuerzas de las sombras es, como tantas veces hemos repetido, la recta intención, nuestra propia actitud, que debería ser -ante cualquier cosa o circunstancia- de paz, amor y armonía.

Pero mientras no podamos conseguir este estado permanentemente, si somos capaces de formar un huevo de luz astral a nuestro alrededor, como **un regio manto azul** que nos cubra de la cabeza hasta los pies, seremos eficazmente protegidos de las posibles influencias negativas. Como la Luz disipa las tinieblas, ningún mal podrá afectarnos y nuestro peligroso trabajo de armonizar la vida podrá ser realizado a plena satisfacción.

El huevo de luz es el símbolo que se nos presenta como el más eficaz modelo de protección. La criatura indefensa es protegida de los depredadores por la cáscara; pero ningún polluelo puede permanecer allí para siempre. En el huevo se desarrolla y crece, transmutando el alimento almacenado con el catalizador de las energías cósmicas procesadas por sus centros vitales, hasta estar listo para salir a jugar su papel en el mundo.

Los seres humanos se desarrollan y crecen también, e imprimiendo la intención adecuada a nuestras ideas podemos acelerar este proceso,

potenciando la actividad de los centros nucleares rectores de nuestro huevo de luz:

Encendamos una vela y hagamos con ella el signo de la cruz, concentrándonos en su llama.

Después, depositando la vela frente a nosotros, visualicemos un huevo de luz blanca radiante en el que estamos inmersos, al tiempo que decimos: **«Quiero ordenar mi aura.»** Se ha de repetir este comando tres veces con fuerza y amor, y una cuarta dirigida enfáticamente a nuestro Yo Superior con profundo amor y silencio.

Tomemos luego la vela con ambas manos y describamos con ella tres veces un óvalo alrededor nuestro (llevando primero los brazos a la altura de la pelvis e iniciando allí un giro hacia la izquierda y hacia arriba hasta extenderlos al cielo, para descender sin interrupción por el costado derecho de nuevo hasta la pelvis), mientras repetimos: **«Del rojo al verde me complemento.»**

Elevemos después la vela desde la pelvis hasta que su llama esté justo frente a nuestro corazón y repitamos tres veces, con gran devoción hacia el Dios que cada uno lleva dentro: **«Del rubí a la esmeralda me perfecciono amando,»**

Con la llama de la vela, tracemos a continuación, tres veces también, un triángulo con su base a la altura del corazón y su vértice superior tres dedos por encima de la cabeza (desplazando primero la llama horizontalmente hacia la derecha, desde el corazón hasta llegar bajo el hombro, subiéndola después oblicuamente hasta el vértice, bajándola luego oblicuamente por la izquierda hasta llegar bajo el hombro, para llevarla de nuevo horizontalmente hasta el centro del corazón). Mientras visualizamos que el verde que emerge del corazón se funde en el violeta del vértice superior del triángulo y éste en un blanco radiante que retorna al corazón, digamos: **«Del verde al violeta me fundiré en el blanco,»**

Tras una pausa de agradecido silencio interior por la profunda paz que nos embarga ahora, elevemos la llama ante nuestra frente y, visualizando que su luz se transforma en un refulgente diamante, repitamos desde nuestro corazón, también tres veces: **«Abriré mis ojos interiores y veré la grandeza del Dios que habita en mí,»**

Por último, con la preparación propia firmemente asentada, podremos emprender el trabajo por los demás. Bajemos la llama hasta la garganta y

expresemos allí nuestra firme voluntad: «**Que esta luz maravillosa que hay en mí se expanda a todo lo que yo contacte y se refleje a todo el que la necesite. Que así sea.**»

Este ritual es un ejercicio de concentración que facilita recordar a diario quién soy, cuál es mi deber de caminante, y cuál es mi último destino, utilizando para ello un lenguaje simbólico.

El brazo vertical de la cruz con el que se inicia nos recuerda que nuestra misión es unir el cielo con la tierra y el brazo horizontal que hemos de hacerlo por amor a todas sus criaturas. Los luminosos colores simbolizan cada uno de los peldaños de la vida espiritual, el camino a partir del rojo de la sexualidad hacia el violeta de la espiritualidad, posibilitando así la integración en el blanco, que simboliza la totalidad, el Uno, la Gran Meta.

Para que sea efectivo, un ritual como éste, o cualquier otra oración o trabajo espiritual, se debe realizar a diario. Aplazarlo con la excusa de que «ahora no siento necesidad, luego tal vez ... » no conduce a ninguna parte. Ésta es la actitud de los vencidos. Sin la base de la disciplina, sostenida por la voluntad, nada serio se puede emprender.

Pero la disciplina nada tiene que ver con el masoquismo. Aquél que no puede dejar de cumplir, cuando lo estime oportuno, lo que un día se impuso, no es un disciplinado sino un fanático. La disciplina es constancia flexible en el mantenimiento de una actitud autoimpuesta, y libertad para abandonarla cuando se estime necesario.

La **disciplina** es el lubricante de nuestras vidas: hace eficaz cualquier acción. La **voluntad** es hija del presente, del aquí y el ahora; por ello es nuestra herramienta más útil.

Lo es porque la voluntad, que es al base de la disciplina, implica también -y eso es importante- **conocimiento**. Nadie es libre de hacer su voluntad si no sabe cuál es ésta. Y el proceso para adquirir conocimiento es parecido al descrito anteriormente para llevar a feliz término cualquier proyecto en la vida:

1º Sano interés en el campo del saber que se desea adquirir.

2º Concentración en su estudio y análisis.

3º Discernimiento, capacidad para saber relacionar en todo momento lo parcial con lo total, lo especial con lo global.

El interés por las cosas naturales da brillo a nuestros ojos, pone en

estado de atención a todas nuestras células y prende fuego a las palabras, apareciendo el Verbo creador en nuestros labios.

La concentración es como una puerta que nos puede comunicar con otra dimensión de la realidad, la antesala de otra forma de percepción. Cuando el espacio se cierra y cambia el tiempo, nuestra mente se abre y nosotros, dentro de ella, todo lo hacemos posible.

El discernimiento es la fe del que conoce, y es como las estrellas en una noche sin luna, que nos permiten adivinar la hermosura del futuro día bajo la luz del sol.

Si observamos el mundo con esta actitud, nadie ni nada podrá impedirnos llegar a conocerlo desde perspectivas cada vez más vastas y profundas. Sabremos discernir lo esencial de lo accesorio, y comprender dónde esta el sabio y dónde el ignorante. tan pronto se nos presenten delante.

El primero sabe y enseña que el mal y el bien no existen como fines sino como medios, y por tanto aprenderá a defenderse con ventaja ante las pruebas de la vida. El segundo, que generalmente prescinde en sus acciones del sano interés para convertirse en un interesado perseguidor de poderes sociales, suele desconocer el verdadero valor de la concentración o profundización y, sobre todo, carece de la suficiente apertura mental para descubrir la verdad. Busca siempre lo más fácil (lo más tentador para la condición humana), utilizando incluso alguna forma de violencia, aunque sea sobre su propio cuerpo, para conseguir sus logros. Y cuando esto le falla busca precipitadamente las fuerzas oscuras, que suelen estar muy prontas a acudir al primer llamado de la mente humana porque -como dice el refrán- lo semejante atrae a lo semejante.

A veces pienso que todavía no nos hemos enterado cabalmente de la situación debido a que las fuerzas oscuras lo desdibujan todo, lo camuflan y decolorean todo, de forma que el dibujo de un caos pueda aparecer como una obra de arte.

No se deben mantener por tanto recuerdos desagradables que estimulen el miedo. Los recuerdos son como las candilejas que nos mantienen atados sobre el escenario del vivir. Recordar no es haber aprendido, sino, sencillamente, habernos atado a un pensamiento o a una idea. El **recuerdo** es semejante a una semilla: no se vuelve fecundo hasta que muere; pero el **olvido** se nos antoja como volver al origen del camino... por ello el cerebro se resiste a olvidar'. Sin embargo la mente,

señora del pensamiento, recoge el fruto del cerebro cuando el recuerdo muere.

No se debe mantener la falsa creencia de que las cosas se olvidan sin dejar rastro; al contrario, este "rastro" es la esencia, el alcohol que se esconde en todos los frutos, la levadura capaz de hacer fermentar toda la masa y, por tanto, fecundar el espíritu humano.

No se puede iniciar el ascenso de una escalera sin la observación atenta de sus peldaños; pero no es posible subir sin olvidar cada escalón una vez pisado. Así pues el olvido, y no el recuerdo, es la base del progreso que da sentido al camino iniciático. Puesto que los recuerdos son como el pavimento por el que transita el alma humana, si nos asimos a ellos no avanzamos.

**Olvidar, en el sentido iniciático, significa haber asimilado la idea y prescindir de la forma.*

Los actos propios de un recuerdo son tan brillantes como fugaces; sin embargo los aprendidos y olvidados ya saltaron a la eternidad.

Toni Bennássar